

# Móviles

## Chiño

La adjudicación de licencias de telefonía celular de última generación originó una polémica notable en la política española, con las acusaciones de favoritismo lanzadas por la oposición al Gobierno que denunciaba que el Estado había perdido una ocasión propicia para aumentar la caja de las recaudaciones, tal como aconteció en otros países comunitarios.

El negocio de la telefonía portátil está lanzado sin frenos en el mercado global. La utilización de este tipo de artilugios se extiende sin cesar, ganando cada día nuevos adeptos. La gente se pone en contacto a través de ellos en cualquier lugar, en cualquier situación, sin pudores ni cortapisas. Médicos en consultas, sacerdotes en eucaristías, guías turísticos en museos se han visto agredidos por los timbres de los aparatos de telefonía, rompiendo el recogimiento y la discreción que requiere todo tipo de liturgia. La telefonía celular llegó, en primera instancia, a nuestros jóvenes universitarios, se extendió rápidamente a institutos y ahora ya son visibles en escuelas de Primaria, con lo que en poco tiempo veremos a nuestros parvulitos usando los terminales telefónicos para reclamar a sus progenitores el bocata olvidado por la mañana en la mesa de la cocina.

Los educadores son presa de este virus comunicativo, sufriendo constantes interrupciones en su labor explicativa con pitidos, mensajes cruzados y alarmas sincronizadas, provocando que bastantes centros se hayan visto en la necesidad de colocar carteles prohibiendo la utilización de estos aparatos en las instalaciones.

Al igual que sucede con otros objetos de consumo, los teléfonos portátiles se convierten para nuestros jóvenes en elementos de emulación y de introducción en la vida adulta, al igual que sucede con el tabaco.

- ¡Buá, chavall!, me compré por mi cumpleaños un Okia superdriver 1500, con función de doble surround como el Piemens 850, pantalla semiesférica de litio condensado tal los Manasonic, teclado ultrasensible como los Lacatel y tarjeta con 20.000 pelas. ¡Guapísimo!

Pero no sólo la mocedad hace gala y ostentación de estos artefactos. Adultos hay que adquieren complementos en su celo por los teléfonos, destacando las fundas de cinturón sobredimensionadas, paquetes a la altura de la cintura sólo faltos de cananas con munición para dar la fortaleza psicológica de Gary Cooper en sus mejores westerns. Este mercado no puede ser ajeno a los distingos de clase, marcándose las diferencias externas en la reducción del tamaño del aparato y en el recubrimiento de la tapa externa que protege al teclado. Baste media hora de paseo por un aeropuerto para ponerse al tanto de las novedades punteras, como esos terminales que no precisan de dedos ni para marcar ni para sustentarlos. El personaje de nivel se pasea jactancioso con el maletín de piel vuelta hablando, aparentemente, para nadie, como flipado, pero en cuanto se acerca caes en la cuenta del apósito de la oreja, en el cable disimulado que desciende por el cuello y en la conversación que mantiene sobre los efectos de la apreciación del euro en la exportación de piojicidas.

Las campañas publicitarias de las empresas que fabrican teléfonos son ciertamente fuertes en cuanto a recursos, agresivas en sus reclamos para captar clientela. Con estos teléfonos puedes hablar sin fin, chatear, conectarte a internet, enviar mensajes con texto y con música, duarte con tu pareja, navegar por el ciberespacio. Las compañías de telefonía también se las

gastan bien, brillando con luz propia aquella que nos explica que nuestra libertad, la libertad de las personas, consiste en abonarnos a su operadora.

Con la telefonía de bolsillo estamos tan familiarizados que olvidamos que se han generalizado hace sólo dos días y que antes vivíamos, comíamos y nos reproducíamos sin estos inventos. Sin ellos trabajábamos menos, preservábamos mejor nuestra intimidad e íbamos a la consulta, a la iglesia y al museo con la plena tranquilidad de que restablecíamos cuerpos y espíritus. Con estos aparatos se habla más pero se comunica mucho menos, devaluando la calidad de la relación entre las personas. Hoy se prefiere el contacto fútil a distancia antes que la conversación directa mirando a los ojos. Un buen ejemplo nos ofrecía Forges en una de sus acertadas viñetas, cuando el padre recogía al hijo pequeño en el primer día de clase, a última hora, padre e hijo con el teléfono a la oreja, y ante la pregunta de qué tal de clase, el niño responde, a través del teléfono, mochila repleta y gorra calada con visera para atrás: chungo, jefe, chungo.